

Saberse en la carne

De la mentira ideológica, dogmática y racionalista a las certezas del cuerpo

Yecid Calderón Rodelo

PhD, docente e investigador independiente, yecid.rodello@gmail.com

Una actitud audaz: Descartes y la duda en *drag*

Cuando se es niño se cree con facilidad. Las cosas que vemos, los fenómenos que percibimos desde el exterior o aquellas sensaciones y percepciones internas (dolores, emociones, movimientos involuntarios del vientre, percepción interna en general) están ahí y son como son, no hay duda de ello. Pero en la medida en que vamos explorando en la experiencia y conforme a la suerte de privilegios que a cada cuerpo le corresponde, tanto en la fortuna material de un cuerpo sensible o presto a la sensibilidad o en ese permanente sentir del virar interno como sujeto que es capaz de autopercebirse y pensarse a sí mismo, las cosas pueden empezar a tomar un matiz que inicia exiguo, menor pero que, lentamente, puede ir llevando al cuerpo a una ausencia total de certezas.

La certidumbre naufraga y nos vemos obligados a pensar en juegos de palabras. En binomios; real e irreal, cierto e incierto... así nacen las fisuras sobre la certeza, la seguridad, la confianza, los dogmas. Entre estas fisuras en la corteza de la convicción y la seguridad, aparece, tarde o temprano, una hendidura profunda a través de otro binomio de palabras: verdadero y falso. En un principio, cuando esto pasa, el cuerpo permanece cierto de sí como existente tan solo por su percepción interna. Un dolor de estómago es innegable como realidad, como verdad, como certeza; una jaqueca evidencia la tensión nerviosa del dolor que hace explotar los ojos.

Pero, estas certezas también se van resquebrajando con el pasar del tiempo. Una vez uno se enreda en las fisuras de la seguridad y se hunde en la inquietud y la duda, se puede fácilmente llegar

a dudar de cualquier cosa, hasta de la fiebre, o el dolor de garganta. Si se es audaz, se empieza a indagar por la verdad y la mentira, por lo cierto y por lo falso.

Ahora bien, luego de *Matrix*, *Futurama*, *El show de Truman*, *Black Mirror*, y tantas otras películas sobre el tema de la ilusión, todos entramos –por más que seamos lugareños en un pueblo andino, en una playa caribeña o del Pacífico con turismo blanco o sin turismo, cerca al Popocatepetl o en los valles templados de Morelos– en una espe-luznante experiencia de ausencia de certidumbre sobre la realidad que incluye el estatuto ontológico de sí mismo, es decir, que se llega a dudar sobre la realidad de sí en tanto que autopercebido y cierto de su propia existencia.

La duda puede ser tan radical que se llega a sentir, si se quiere pensar, que el cuerpo es apenas holograma. Se puede imaginar y sentir que el cuerpo es una proyección virtual que aparenta solidez y consistencia en un mundo tridimensional. Ese mundo y ese cuerpo pueden ser tan solo una proyección mental, un fantasma, un espectro que no contiene en realidad profundidad, ni volumen, solo apariencias de profundidad y volumen y aparentes relaciones entre esas dimensiones. Esos asuntos de la física y la química como la densidad, la constitución elemental atómica, el movimiento y la masa, se pueden ir por el desagüe cuando de dudar radicalmente se trata.

Pero, es complejo el asunto de una pregunta audaz a partir de una duda genuina que indaga por el estatuto de certeza o de mentira de lo que percibimos, sentimos y pensamos. Existen los llamados hechos y contrahechos, por ejemplo, el

hecho es que puede parecer que se tiene un cuerpo holograma, pero, si se cae el ventilador del techo que gira sobre la cabeza, seguro el golpe aturde, hasta puede herir y enviar al hospital a un cuerpo que se presumía holograma o incluso puede llegar a ser un golpe fatídico que hará que ese cuerpo no viva más y deje de dudar para siempre. El ventilador sobre la cabeza es un contrahecho que desmiente en la experiencia real del cuerpo la suspicaz idea de vivir como un holograma.

Pero, aun así, ¿no puede resultar que el golpe, la sangre, la herida, la ambulancia, sean también proyecciones espectrales? ¿Meras realidades fantasmáticas, nuevamente hologramas? En efecto, puede pasar como en un sueño. Así, algo que parecía con consistencia y sustancia se desvanece al despertar y en la vigilia aquello que en el sueño se podía asir con plena certeza se ha esfumado. No hay datos reales. Todo ha sido una jugarreta mental en la que el mundo real resultó indiferenciado de aquellas experiencias oníricas y el autoengaño nos sumió en certidumbres de calidad, pero al fin al cabo puras proyecciones mentales sin control voluntario. O puede tratarse de una película programada y proyectada en nuestra mente, como en *Matrix*. Una pesadilla, toda vez que algunos han llegado a soñar que mueren o que les caen cosas encima y dicen, cuando despiertan alarmados, que sintieron el vigor de la fuerza de esas cosas sobre sus costillas hasta el punto de la asfixia y casi la muerte.

El filósofo francés fundador del pensamiento moderno, René Descartes, creó un paradigma racional científico y dogmático –hoy por fortuna resquebrajado–, partiendo de una duda hiperbólica, o sea, de una duda radical, exagerada. Hoy podríamos decir que se trataría de una duda *drag*, es decir, excesiva, como en el show de RuPaul, aunque era hiperbólica en vez de *drag* el término de moda en la época de Descartes. Descartes se lanza a una desconfianza plena y exagerada a más no poder. Llena de subterfugios argumentativos su duda, llega a proponer, no una matrix como la película, sino la existencia de un “genio maligno”, un Dios perverso, un demonio, que hace pensar que $2+2 = 4$ cuando en verdad $2+2 = 5,8765$, pero por

su poder y felonía nos hace equivocar. Qué “dragmático” resultó Descartes.

Tuvo por maestros a los escépticos de la Antigüedad que decían que no había una verdad de hecho, sino que todo era relativo a las condiciones que configuran la sensibilidad y la percepción humanas. Decía así Sexto Empírico, quien recoge las ideas de los pirrónicos, una clase de escépticos que seguían los ejercicios de duda de Pirrón de Elis.

Sostenían que la realidad depende de las condiciones de los organismos vivos y que esas condiciones se pueden alterar deformando el regular estado de representación del mundo. Por ejemplo, la enfermedad como estado corporal modifica las experiencias, de tal modo que el cuerpo siente de un modo cuando conserva su temperatura normal y configura otro modo de la percepción en la enfermedad que produce alta temperatura corporal. Sexto Empírico escribe, relatando uno de los contraargumentos escépticos, que los cuerpos febriles alteran la sensación y percepción de la temperatura e incluso producen alucinaciones.

Entonces, ¿qué garantiza una y otra experiencia como real y cierta? ¿El consenso común y normal? Y qué tal si toda la humanidad está enferma –que sí que lo estamos– ¿toda la experiencia es mentira? Si hasta la aritmética o la geometría se pueden ir a la fosa de lo falso con la idea de un genio maligno, ¿tendremos que renunciar, incluso, a la certeza de que todos los ángulos de un triángulo suman 180 grados? Descartes inició así sus *Meditaciones Metafísicas*:

He advertido hace ya algún tiempo que, desde muy temprana edad, había admitido como verdaderas muchas opiniones falsas, y que lo edificado después sobre cimientos tan poco sólidos tenía que ser por fuerza muy dudoso e incierto, de modo que me era preciso, emprender seriamente una vez en la vida, la tarea de deshacerme de todas las opiniones a las que hasta entonces había dado crédito, y empezar todo de nuevo desde los fundamentos, si quería establecer algo firme y constante en las ciencias¹.

¹ René Descartes, *Meditaciones metafísicas*, (Madrid: Alfaguara, 1977), 17.



La fotografía de gabinete travesti,
1890-1939, Archivos Fundación Arkhé

Sin embargo, la diferencia entre Descartes y los modos de dudar hoy se funda en que el pensador francés quiere pensar que si pone en duda sus opiniones pueden empezar a acercarse a una ciencia. Es decir, Descartes tiene claro que quiere ciencia, que busca ciencia, la cual es lo opuesto a la opinión: la opinión no está verificada, la ciencia sí. La opinión no se sustenta en pruebas de hecho o de lógica deductiva rigurosa, las opiniones no resisten un audaz análisis que las verifique porque se sientan en el peso de las costumbres y no en la realidad de su evidencia lógica o empírica. Entonces, lo que es mentira son las opiniones, no la ciencia.

El frío invierno de Estocolmo y los números irracionales

No obstante, hoy se ha llegado a comprender que la ciencia de Descartes se sentaba sobre una falsa y “dragmática” apuesta maniaco compulsiva racionalista. Es claro el sesgo por la verdad científica en un tiempo en que nada científico había y que ponderaba a toda costa la razón por encima de toda otra realidad. Sin que haya podido ver con claridad ni distinción las consecuencias de su pensamiento, Descartes dice que la verdad es lo que se presenta “claro” y “distinto” a la mente (ese es el criterio que establece), con lo cual inicia una dictadura discursiva sobre la concepción del sí mismo, o sea, del sujeto, entendido como algo extrañísimo, por cierto, a toda verdad y realidad tangible según la experiencia de un cuerpo asumido y cuidado en las experiencias: un extraño *ego cogito* hecho por Dios, idéntico a sí mismo en tanto que actividad intelectual (*cogitatio*), racional, cerebral. Un *ego cogito* pegado a un cuerpo por una glándula, pero de una sustancia distinta a la materia. Vaya mentira.

Además, se trata de un yo pensante (porque el yo es pensamiento) solitario, separado, sin historia, sin madre, ni padre, ni hermanos, ni hermanas. Un *ego* sin idiosincrasia, sin montañas andinas o calurosos valles, sin la meseta de Anáhuac, sin pozoles o ajiacos, sin Amazonas o Corcobado, sin las pieles diversas que lo recubren, sin el olor metálico de algunas pieles negras o el aroma bruñido de los sudorosos cuerpos de los obreros del mercado, sin el hedor exquisito de la transpiración viril o los sutiles, pero contundentes, efluvios del cuerpo deseoso de la mujer que se aproxima y que percibidos con el olfato obligan también a desearla.

Sujetos sin cuerpo, sin perfumes propios, des-organizados, a-orgánicos, sin texturas múltiples. Un *ego cogito* que solo piensa, no baila, o sea, un yo sin cumbia, sin bailes, sin esas verdades maravillosas que el cuerpo conoce en la opacidad de su memoria y su imaginación de manera poco clara y casi indistinta, pero eficaz o performativa (realizativa). En definitiva, un yo sin nada, solo con él mismo y toda su prepotencia lógico-matemática, su alevosía deductiva.

Qué verdad más mentirosa concebirse a sí mismo como la solitaria y separada mente huésped de un cuerpo ajeno. Qué contrafacto la idea de una mente racional metida en una cárcel de carnes y huesos de la cual puede salir solo por negación o desconocimiento –o sea: no carne, ni huesos, ni corazón, ni vida– e invertir la experiencia de la realidad mediante el trabajo de las ideas, hasta poner esa idea como fundamento de toda verdad, esto es, una mentira como el fundamento de las ciencias. A esa ideología se debe el hecho de que Descartes prefiriera las verdades matemáticas, las ideas innatas como las llamó, que las verdades de hecho o empíricas, o sea, de la experiencia. Se puede pensar que, de este modo, al subrayar el mundo intelectual como ejercicio permanente, se va realizando lo performativo de una perspectiva de la realidad y de la ciencia que intenta escrutarla; eso performativo mental, ideológico, que puede llegar a soslayar por completo al cuerpo, hasta negarlo, descuidarlo, rechazarlo, posponerlo.

Descartes prefería una verdad del tipo “la línea recta es la distancia más corta entre dos puntos”, porque no requiere comprobación empírica y por lo tanto no obliga a un recurso sensible o perceptual, es decir, a la experiencia corpórea, a menos que se use un dibujo por didáctica, lo cual en casi todas las ocasiones no es necesario. La verdad fehaciente, sensible, perceptiva corporal y viva para Descartes fue que, al salir de la recámara de la reina al aire frío invernal de una madrugada de febrero en Estocolmo, llevando puesto tan solo un ligero pijama, acalorado por la faena de ejercicios realizados con la reina, implicó una afección pulmonar. También fue un hecho que en vez de una verdad tan fehaciente para él como aquella del “pienso luego existo”, la pulmonía hizo presa a su cuerpo y fue así como Descartes no alcanzó a decir “si mi cuerpo enferma de gravedad puede ser que muera y luego ni pienso ni existo”. La

pulmonía acabó con su vida pocos días después el 11 de febrero de 1650.

Aunque algunas investigaciones muy recientes señalan que fue envenenado por arsénico debido a los enemigos políticos que Descartes tenía. Pero seguro no solo tenía enemigos por sus ideas que conllevaron a fuertes críticas contra los dogmas de la Iglesia y que eran perseguidas por algunos escolásticos. Debió existir un motivo corporal; algún móvil oscuro, sensible, una fuerza del cuerpo, que me hace pensar en celos, envidias, atrozamientos de la carne que llevan a proceder sin seso, quizás, conveniencias familiares, pulsiones colectivas que persiguen el poder ciegamente y que pudieron ver en los amoríos entre Descartes y la reina Cristina una cortapisa para el decurso del poder según los cánones mezquino-políticos de la monarquía sueca. Aprovecho para decir que todo canon político moderno es esencialmente mezquino, aun en las democracias. Sin querer sugerir un único ejemplo, pues, existen por montón, existe un país en la esquina nor-oriental de Sudamérica que es un botón perfecto para la muestra.

Volviendo a las ideas de nuestro filósofo en cuestión, por aquella grave omisión de su propio cuerpo como verdad y por asumir que el ser humano es específica y solamente un alma pensante, separada del cuerpo según una vieja ideología que ha configurado una larga tradición. La idea de dos naturalezas en el ser humano, esto es, la idea de que el ser humano es la combinación de alma y cuerpo, dos entidades distintas y separadas de forma definitiva, siendo una superior (el alma) a la otra (el cuerpo), se basa en un sistema de creencias surgido en las mesetas de Irán denominado zoroastrismo y que data de hace unos cuatro mil años. Descartes se deja llevar por el dogma iraní, presente en el pensamiento europeo desde que lo introdujeron los griegos, de que al ser humano lo constituyen alma y cuerpo, o sea, que la humanidad está hecha de dos distintas naturalezas diferentes y radicalmente separadas, a saber, el alma etérea, inmortal, en tanto pensada y creada por un Dios eterno y, por ello, superior y mejor que su otra naturaleza, el cuerpo material, mortal y vulnerable.

Es decir, gracias a un lastre religioso de antaño que anida en los sustratos de la mente europea, Descartes afirma cosas indemostrables y niega cosas evidentes que se tienen a la mano: por ejemplo,

que como humano se es un cuerpo frágil y que se sabe a sí mismo temporal, mortal y supeditado a la contingencia que padecen los demás seres. Desde mi punto de vista, esa es la realidad que constituye la condición propia de nuestras especies animales y vegetales, de las cuales participamos sin ser únicos y exclusivos, sino más bien sintéticos; el ser humano reúne lo mejor de las especies de las que participa, pero esto no lo hace mejor criatura, sino más responsable al ser la conciencia de esas realidades. Si así se asumiera cada ser humano, entonces, podría afirmar su propia temporalidad, fragilidad y vulnerabilidad. Este hecho constatable podría ayudar a pensar más en el presente que en el pasado o en el futuro, o en el cielo y el infierno, o en dejar de obsesionarse por el poder como fuente de felicidad, y así construir, a partir de ello, experiencias favorables a la existencia inmediata, aminorar el sufrimiento y defender una felicidad limitada que cada vez abarque a más seres y sea accesible a un mayor número de criaturas.

Estoy exagerando y contando algunas mentiras, pero quiero decir que esas mentiras que separan el alma o la matemática de la naturaleza y las ubican exclusivamente en la mente, en el pensamiento, como Descartes lo hizo, siguen viviendo en una entelequia racionalista que da por hecho que el pensamiento está más allá del cuerpo, idea favorable a ciertos círculos, grupos de personas cargadas de ideas engañosas y que se sirven de ellas para manipular a las masas en el ejercicio del poder. Para estos grupos resultan más reales las ideas desprovistas de hecho que lo que ven y perciben. Por ejemplo, ven como un gran tino y logro el ser capaz de abusar del poder, actitud que en consecuencia con su obrar no gesta nada bueno, ni para ellos, ni para quienes están bajo su imperio y voluntad. Estas falsas ideas, a la larga, se incuban en esa macrocefalia racionalista constituida sobre la gran mentira de una mente separada del cuerpo, una falsa conciencia que también considera que dominar a otros para abusar de ellos es un ejercicio digno y ponderable. Y vaya que lo anhelan, lo elogian y persiguen.

Es evidente que muy pocos se dan cuenta de las certezas del cuerpo y la mayoría, aún hoy, sigue negando al cuerpo para enfatizar su actividad cerebral, su inteligencia y cálculo, como la única condición de su existencia; ser astuto en cuanto al cálculo de las conveniencias respecto del poder es un valor, mientras que ser sensible y considerado para con los demás un defecto, incluso,

algo perseguible y punible. Una terrible verdad de la mentira. Por mencionar otras modestas consecuencias de este paradigma racionalista y para no ponernos tan *dragmáticos* respecto de la verdad o la mentira, los más intelectivos no bailan cumbia, como si el compás y el ritmo que produce el tambor o la gaita o el tintinear vibrátil de los platillos o la chirimía no hubiese sido considerado como un problema pitagórico; o como si el sonido del rastrillar la suela de las botas vaqueras o tribaleras en el pasito satevo de la música banda mexicana no tuviera alguna analogía con la música de las esferas, la experiencia de la armonía, y el ritmo con el tiempo del compás que hace mover al cuerpo al percibir los sonidos de la música.

Con todo lo anterior solo se quiere decir que la matemática no riñe con el cuerpo, el cuerpo es una maravillosa matemática de pulsiones y lógicas intuitivas con innumerables recovecos y contingentes resultados, de lo contrario —ahí un contrahecho contra los racionalistas— no existirían los números irracionales o el teorema de Gödel (1931) no hubiese llegado a confirmar que la matemática no es un sistema perfecto, sino que tiene fallas y fisuras.

El aroma áspero del sabor de la amargura

Al *coquito* de Descartes se le puede imaginar como una mente en un cuarto de estudio que solo piensa, que no asume su cuerpo, ni lo acepta. Considera que el cuerpo es presa de pasiones, emociones, afectos, pálpitos, oscuras intuiciones, salvajes necesidades de contacto. Una clara tendencia del cuerpo le asusta porque el cuerpo se dirige hacia abajo. Al racionalismo y al pensamiento moderno-colonial y heteropatriarcal le incomoda la pasión de estos sentidos innobles debido a esa tendencia del cuerpo de no ir al lenguaje y a las formas sino de sentir, percibir e intuir. Los saberes del cuerpo tratan de un conocimiento oscuro, sombrío, poco claro, nada nítido, provocado y sostenido por esa vibratilidad corpórea propia del olfato, el gusto y el tacto. Esos sentidos bajos cuyo destino de inferioridad y exclusión del rango de la ciencia se decreta por el hecho de que no captan las formas, sino las cualidades inmediatas de la materia. Para ello, estos sentidos necesitan entrar en contacto directo con la materia, es decir, requieren palpar con las papilas de la lengua para oler a qué sabe.

Esto es demasiado para los ojos y los oídos tan arriba y tan distantes de aquello con lo que mediatamente

entran en contacto para captar ya no su materia, sino lo más noble que la materia posee para el conocimiento de Descartes, sus formas y definiciones, sus ideas. Se diría que olfato, gusto y tacto son sentidos promiscuos y veleidosos, propicios a tocar, a meter mano, a usar el cuerpo; mientras que los otros, el ojo y el oído, son nobles, adustos, se contienen y guardan compostura. Es decir, reprimen, muestran control, son sujetados y controlados por regímenes discursivos que les dicen en qué punto pararse cuando las personas se forman para la fila en el banco y otros espacios remarcados para unos ciertos modos de comportamiento. No me explico cómo un hombre tan lógico en vez de salir tan temprano a dar una clase, mejor no se quedaba, al menos por esa vez, un rato más, cuerpo a cuerpo con la reina Cristina a quien supongo deseaba y con quien, quiero suponer, la pasaba bien y sentía cosas por ella, como (estoy casi seguro) ella sentía cosas por él. Cuestiones de las convicciones de una persona racionalista.

Reitero: a diferencia del ojo y el oído —que guardan su sana distancia, primero uno del otro ya que nunca vemos-oímos y entre los ojos y los oídos hay bastante distancia, y también distancia respecto del mundo material ya que no requieren entrar en contacto con las cosas para verlas o escucharlas— el tacto, el gusto y el olfato se vuelcan sobre las cosas y las toman directamente poniéndolas en el cuerpo, sobre el cuerpo o dentro del cuerpo.

El oído y el ojo capturan las formas que permiten ganar la definición de aquello que aprecian, no internalizan las cosas en su aspecto material, no se meten nada en los ojos o en los oídos, ni se engulle las ondas sonoras o los colores para poderlos tener dentro a través de un acto de digerir y metabolizar, es decir, incorporar. Los oídos y los ojos aprecian, no tocan. Los otros tres sentidos —más extensos y grandes (el tacto es inmenso, recubre todo el cuerpo por fuera y, en parte, por dentro)— son tan corporales que incluso se entremezclan en una promiscuidad descarada, pareciera que son indisciplinados, tendientes a la mezcla. Su mestizaje es un repudio a la pureza de la forma y la idea (idea en griego significa forma) y buscan los contornos borrosos. Evaden la verdad y quizás prefieran la mentira.

Por ejemplo, el gusto, el tacto y el olfato pueden hacer, por un efecto de una gracia unida a una voluntad deseante, una especie de enroque entre sus facultades perceptuales. Así se puede mezclar el sabor de un alimento con su textura, por ejemplo, su amarga aspereza. Incluso se puede

mezclar, textura, sabor y aroma, de tal modo que se puede captar en una híbrida perceptibilidad y experiencia el aroma áspero del sabor de la amargura.

Cuando se dice que es posible sentir el aroma áspero del sabor de la amargura se está tratando de decir algo que no se puede indicar en palabras, solo sentir. Pero, las palabras pueden hacernos figurar desde el pensamiento lo que sentimos. Siempre y cuando sintamos auténticamente, esto es, sentir sin la necesidad de pensar. Pero en este caso no se trata de pura poesía, es verdad que el conocimiento sensible, opaco, en particular de los sentidos inferiores (tacto, gusto y olfato) se traduce a la mente a través de imágenes y retruécanos, de figuras retóricas, metáforas, símiles, etc.

Pero además es verdad que cuando Descartes dice que la verdad es clara y distinta, también apela a una figura analógica con la visión y el oído. No es la descripción de un hecho mental como tal, es una metáfora. La verdad es clara por analogía con la luz, es decir, Descartes hacía poesía para instaurar verdades de carácter científico y sin cuerpo. Negar al cuerpo como si fuera mentira y dejar *el mundo patas arriba*, como diría Marx de Hegel, fue una empresa ideológica. Se trata de un aspecto de la cultura que usa tecnologías discursivas para configurar ideas que hacen pensar que lo real es lo que dicen que se debe pensar como real y evitar producir una experiencia auténtica, genuina, propia de sí mismo y de las sensaciones y percepciones corporales.

Si alguien se ubica a la luz de la razón y, a la vez, permite dejarse guiar por la oscuridad del saber sensible es probable que se encuentre tarde o temprano con dudas, hasta llegar a la audaz duda hiperbólica. Lo que se siente en el propio cuerpo son fuerzas; pasiones, deseos, afectos que se tornan intenciones y mueven el cuerpo interpelado por el envolvente tribunal del tacto, del gusto y del olfato, ante el que comparece toda experiencia. Sin sentir los aromas, sin sentir los sabores, sin palpar las cosas no podemos saber qué es lo amable, deseable y aquello que el cuerpo, en sí mismo como realidad frágil, no desea porque lo apoca, agota y entristece.

Las ideologías obligan a pensar en una verdad que en verdad es mentira. Una verdadera mentira que no resiste al más leve hecho de verificación mediante la sensación, la percepción e intuición sensible y los despliegues auténticos del cuerpo y

de la subjetividad en el ahí y ahora de la inmersión sensible y material en la que el cuerpo vibra. Ese “uno a uno” o “cara a cara” de la relación orgánica de la materia con la materia misma, ese diálogo que acontece casi como un rito o un modo de religión, en el que la materia se honra en la materia y el cuerpo reconoce su persistencia por gracia y voluntad.

El cuerpo sabe que puede ser empático y asumir la antipatía con todo lo que es él, su materialidad, organicidad, su vida. El cuerpo asume a la vez, la empatía y la trágica conciencia de no poder ser empáticos totalmente. El cuerpo sabe cosas oscuras, es decir, que no se entienden, pero que bien se reconocen cuando las sentimos, como, por ejemplo, cuando al comer, o al usar las cosas de las que sirven para alimentarse, realiza un acto sacrificial en la que bendice lo que será parte de su cuerpo porque ofreció su vida para propiciar la del comensal. Se trata de una conciencia sintiente y sacrificial mediante la que el cuerpo siente deseo de agradecer al agua, a la tierra, al aire y al fuego, y a las plantas y a los animales, porque ellos nos conforman materialmente cuando los ponemos en la mesa para el alimento. Algún día ese cuerpo que se alimenta se desintegrará para ser parte de otros cuerpos, para formar otras cosas que no son el cuerpo que es actualmente. Pero, en ese instante, ese ahora, que es el sacrificio, el cuerpo sabe que se debe auto-afirmar alimentándose y así lo hace. Solo que con la gracia y el magnífico regalo de sentido que da la relación sacrificial en el rito de bendecir el alimento.

Cuántas emociones irradia el acto de ritualizar la ingesta del alimento. En el rito de relacionarse más irracionalmente con el alimento desde la actitud del cuerpo que se lamenta por el sacrificio de otros seres, pero se alegra al mismo tiempo. Sabe que en razón del sacrificio se puede sostener en el tiempo y autoafirmarse. El cuerpo se reconoce, irracional, en la empatía de su amor por preservar lo que necesariamente consume y en la tragedia de esa diferencia se sacrifica a la vez, a pesar de que en la acción consume, degrade y transforme.

Todo esto se trata del deseo de la verdad de un cuerpo sintiente y percipiente con memoria e imaginación orgánicas. En ese sentido se puede decir que la experiencia sensible, la oscuridad del saber del cuerpo y de su vibratilidad son lo cierto, la verdad, y no ideas sobre el cuerpo y la mente instaladas como tecnologías de la conciencia o del yo, que le hacen percibir un mundo falso como un



La fotografía de gabinete travesti, 1890-1939, Archivos Fundación Arkhè

mundo cierto, y que elonga en planos de representación toda la realidad, es decir, la relanza meramente hacia el argumento racional, el discurso, hasta hacer sucumbir toda material sensación, percepción y experiencia. La idea conlleva la fuerza centrípeta de una creencia argumentada que reemplaza la experiencia, la contradice en muchas ocasiones y funda una realidad artificial, re-presentada.

La mentira es ideológica

En realidad, la ideología suele ser de hecho contrafáctica, por ejemplo, en el caso que nos ocupa sobre René Descartes, la sustancia pensante no se encuentra fácilmente con las certezas sensibles de la experiencia, es decir, del cuerpo. Es difícil encontrar la certeza tan barroca o *dragé* de esa sustancia que Descartes llamó *égo cogito*. Para la fenomenología antes de la *cogitatio* cartesiana se hallan la sensación y la percepción, el cuerpo en movimiento y vibratibilidad mediante.

Un cuerpo vibrátil por la activación del gusto, el olfato y el tacto, sentidos que dan cuenta de un mundo sólido, material como el cuerpo: lo que primero sabe el cuerpo lo aprende en su gestación en el vientre de la madre, de ahí que el cuerpo, al nacer, busca el contacto con la madre y sabe dónde está el sabor materno de la leche, su aroma, el calor de sus cuidados y la piel que alivia ante la tremenda separación del parto en el nacimiento. El cuerpo sabe que es una relación, que se gesta en una relación. Pero el cuerpo también sabe que la relación se rompe, el ombligo se separa.

Así, el cuerpo también sabe al nacer que la necesidad de alimento lo pone en relación, actividad simbiótica, con otros, en especial sabe quién es su gestora y cuánto cuidado le propicia. De ahí que la busca, la anhela, no puede estar sin ella y procura su permanente contacto corporal. Son saberes oscuros, intuitivos y sensibles que se llevan en el cuerpo, una memoria afectiva que se ha olvidado por pensar tanto, pero que insiste en los recuerdos del cuerpo.

“Siento luego existo”, escribía cien años después de la muerte de Descartes el filósofo alemán Johann Gottfried von Herder, para quien la naturaleza dinámica es la verdad. Para estos filósofos del Romanticismo la vida pasada queda registrada en la memoria filogenética del cuerpo, es algo oscuro pero creador. La naturaleza del cuerpo pasa a ser algo inquietante y angustiante, con un núcleo

fundamental inefable que, no obstante, permite al cuerpo y al sujeto tener una cierta certeza de sí con la cual fraguar un mundo moral, estético y político. El cuerpo procede en la responsabilidad de la acción cuando se autoafirma a sí mismo materialmente hablando. El cuerpo sabe que la relación es lo fundamental, no el pensamiento. Que esa relación es originalmente pura materia y un saber que no habla, sino que se siente como fuerza, emoción y sentimiento, o sea, como pasiones.

El cuerpo sabe, pese a que la mentira lleva siglos gobernando las ideas y las sensaciones, que los sentidos del tacto, el gusto y el olfato son lugares de un saber profundo donde la verdad y la mentira quedan pausadas, pierden relevancia; en los saberes del cuerpo la mentira no es operante, no existe; tampoco, la verdad: en realidad, el cuerpo no sabe de mentiras cuando se finca en la concreción experiencial del sí mismo en tanto que cuerpo. No hay mentira ni verdad para el cuerpo, sino realización, acción, y una cierta certidumbre en su obrar, pero acompañada de un profundo respeto por el grado de incertidumbre que habita en las consecuencias de la certeza de la acción.

Entre necesidad y contingencia el cuerpo no está interesado en la mentira o la verdad, sino en el efecto de la acción-conciencia que sabe que todo acto es capaz de desbordar y no ser controlado plenamente. Eso es lo cierto del acontecimiento, más acá del binarismo de la epistemología racional que opone falso a verdadero, mentira a verdad. Por el contrario, en la conciencia del cuerpo habita un poder, una potencia, que deviene realidad performática (sin mentiras, sin verdades) en el justo acto de la realización fenomenológica perceptual de sí mismo como cuerpo que siente. Ese hecho efectivo y claro –claro porque a pesar de ser un saber no intelectual, un saber oscuro, ese saber se siente– que lo pone en la concreción experiencial de las relaciones efectuadas en las que se construye, se edifica, se fortalece, o, si ha de ser, se agota, menoscaba y muere.

Las ideologías dicen que se piense en las ideas como verdad de hecho, esto es, que las ideas, los discursos, los prejuicios que lastran las costumbres, sean más relevantes que la experiencia vívida, según un criterio sólido, lo claro y lo distinto a la mente, para distinguir la mentira de la verdad y lo cierto de lo falso. Que la vida está en el pensamiento, que el pensamiento hace obedecer a la vida, es por ello que se ejecuta en el cuerpo

como un gobierno, un dominio, una propiedad, una cosa al servicio de la mente. Pero, otros creen que el pensamiento y el cuerpo acontecen en la acción, sin ser de distinta naturaleza.

Existen verdaderas-mentiras en esta historia y muchas verdades curiosas. Por ejemplo, para Descartes su cuerpo no era tan claro, ni distinto, como su pensamiento. Su *cogitatio* sí que fue verdad para él como ya hemos visto. Por ejemplo, las ordenadas y las abscisas del plano que llevan su nombre le resultaban sustanciales, esenciales, entidades reales en el pensamiento que permiten calcular y manipular sobre las superficies.

El hombre blanco, francés, accediendo al orden racional que Dios pensó y que está impreso en la sustancia extensa o materia, de tal manera que las coordenadas de dos puntos en el plano cartesiano, esas abstracciones de la propiedad extensiva de la materia, es decir, plano que representa el área en el espacio, le resultaban más verdaderas que aquella la extensión de su propio cuerpo, su carne efectiva que yacía algunas noches en el lecho de Cristina de Suecia, en contacto con ella y en relación con el cuerpo de ella. Eso es una verdad casi clara y distinta, como aquella idea deductiva que tanto sedujo a Descartes: “Dados dos puntos se pueden trazar una recta que los une”.

Pero como toda verdad es mentira y toda mentira es verdad, si estuviera vivo ahora mismo René Descartes y se le hiciera una confrontación en el palacio de Estocolmo en relación con las gateadas nocturnas hacia la recámara de la reina, se defendería con escuadra y compás en mano, a manera de la defensa de un teorema euclidiano, para negar la verdad y señalar que todo esto es una vil mentira, una hiperbólica calumnia. En verdad es una mentira, no hay datos históricos que confirmen un romance entre Descartes y la reina Cristina, pero es probable.

Sin embargo, hoy no cabe duda de la causa de la muerte de nuestro insigne filósofo. Aunque clara y distintamente no aparece así en el acta de defunción. Por supuesto la morgue dijo una mentira para encubrir la verdad, como las ideologías encubren a los hechos, a los cuerpos, para decir mentiras de todo orden, reprimir las pasiones y negar esas tendencias más opacas al sabor que aprende oliendo y tocando, tocando y saboreando, con la altura de un saber sabroso que se place de habitar en la carne y en los huesos. Sí, definiendo aquí un saber movido por pasiones que lo atenazan en

las relaciones que procura con los otros cuerpos, y el modo en que responsablemente las considera, y, en congruencia, coherencia (lo cual no quiere decir que no exista la maravillosa contradicción), obra como agente activo o pasivo en relación con ellos.

Esta es la propuesta de una posible acta de defunción para René Descartes, el padre del pensamiento moderno:

Nombre: René Descartes

Fecha de nacimiento: 31 de marzo de 1596

Fecha de defunción: 11 de febrero de 1650

Las mentiras:

- a. Causa de la muerte del fallecido: el amor por la reina Cristina de Suecia y su descuido del propio cuerpo al salir de los oficios amorosos al aire gélido de Estocolmo a las 5:00 de la mañana.
- b. Causa de la muerte: la verdad o la otra mentira: neumonía.
- c. Causa de la muerte: otra verdad que puede ser mentira: envenenado por arsénico.

Valle de Cuauhnáhuac, Morelos, febrero de 2022